

con la fe mas viva os pide en el secreto de su corazon que os digneis recibir y coronar de gloria las almas de nuestros hermanos. Amen. DIXE.

SERMON
DE LA CONVERSION

DE S. AGUSTIN,

predicado á la imperial universidad
de Granada.

*Gratia Dei sum id quod sum, et gratia
ejus in me vacua non fuit. 1. Cor. 15.*

ILLMO. SEÑOR:

Asi se explica el apóstol de las gentes S. Pablo, celebrando las victorias de la gracia en su conversion y en sus trabajos apostólicos: y las mismas palabras no dudo yo poner en boca de san Agustin, esta luz de la iglesia, cuando

celebramos la memoria de su admirable Conversion. Paulo perseguidor de la iglesia de Jesucristo; Augustino enemigo declarado de su moral y de sus dogmas: Paulo trocado por la gracia en vaso de elección, y doctor de las naciones; Augustino convertido en doctor de la gracia y defensor de la verdad: Paulo empleado despues de su Conversion en confundir los judíos y en sostener la Divinidad del Salvador hasta testificarla con su sangre; Augustino infatigable el resto de su vida en defender los derechos de Dios, refutando la heregía, el error, el libertinage y el cisma: Paulo y Augustino trofeos de la gracia, y apóstoles de la gracia mismas: ¡qué justo paralelo!

Tú sola ¡ó gracia de Dios! tú sola pudiste obtener tal victoria. Á solo vos, Señor Omnipotente, debe la iglesia el beneficio singular de haber dissipado las tinieblas de Augustino, convirtiéndole de perseguidor en vaso de elección como á otro Paulo, para que

defendiese vuestro Nombre y los derechos inviolables de vuestra gracia. Mutacion prodigiosa, obra de vuestro brazo excelso, que nos presenta muy al vivo, al paso que la debilidad humana y las tinieblas del pecado, algunos rasgos de vuestra bondad y la fortaleza de vuestra gracia.

Yo, Illmo. Señor, no haré mas que extractar brevemente la vida de Augustino, para haceros ver las victorias mas admirables de la gracia, este precioso dón del Espíritu Santo, sin el cual nada podemos en las sendas de la salud, y con el cual lo podemos todo. Exáminemos en primer lugar los esfuerzos de la gracia para convertir á Augustino; en segundo, los esfuerzos de Augustino para hacer triunfar á la gracia: dos breves reflexiones que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas, son á lo menos dignas de esta cátedra y de tan respetable congreso. Animad ¡ó Señor! las palabras de este vaso

inmundo, para que pueda dignamente anunciar los trofeos de vuestra gracia. Asi lo espero por la poderosa proteccion de vuestra augusta Madre y nuestra María santísima. *AVE MARIA.*

Gratia Dei &c.

Para formar justa idea de los esfuerzos extraordinarios de la gracia en la Conversion de Augustino, examinemos brevemente los poderosos obstáculos que tuvo que vencer; pues á proporcion de la dificultad de la empresa se debe calificar la victoria. Y á este respecto yo no dudo afirmar que la Conversion de nuestro héroe fue una de las mas ilustres conquistas de la gracia. Si abrimos los fastos de la iglesia veremos con admiracion la fortaleza y suavidad de esta voz interior de Dios, que en Saulo destronca poderosamente un cedro del Libano,

y que derrite como cera en presencia del fuego el corazon endurecido de la Magdalena. Mas para cada una de estas conversiones, aunque tan ilustres y gloriosas, no tuvo que vencer tantos impedimentos como en la de Augustino. Saulo, como observa un orador de nuestro siglo, era un enemigo de la gracia, con el entendimiento lleno de tinieblas y de orgullo. La Magdalena era una de estas mugeres profanas, amantes de incienso y adoraciones, perdidas por agradar y complacer, cuyo vicio está en el corazon. Mas Augustino lo reunia todo; enemigo declarado de la virtud, por la corrupcion de su corazon; perseguidor infatigable de la gracia, por los errores de su entendimiento. ¡Qué poderosos obstáculos! ¡qué conquista tan difícil! Reflexionemos para admirar nuestra miseria y venerar la omnipotencia de la gracia.

Por mas que su madre Mónica em-

please sus desvelos por inspirarle el santo temor de Dios y el ejercicio de las virtudes cristianas, Agustín manifestó bien presto, al paso que la vivacidad de ingenio, la inclinacion al mal. Bien presto se vió dominado y aun esclavo de las mas vergonzosas pasiones. Inclinado á la mentira, sin respeto á sus padres, apasionado al juego, bufon por carácter, desaplicado y perezoso, robando lo que podia de su casa para sus pasatiempos criminales, ¿no es esta imágen de Agustino la de muchos escolares de nuestras aulas? Esclavo á pocos años de la mas violenta de todas las pasiones, bebía la iniquidad como agua. Tagaste vió con dolor sus desórdenes, y Cartago sus sensualidades con escándalo. Cautivo y sumergido en el abismo de esta pasion tiránica, que hoy domina no menos que en tiempo de Noé sobre la tierra, reposaba Agustino en esta paz amarga, hecho vaso de la ira de Dios.

¿Mas qué digo? Gozoso en sus cadenas se gloria de su esclavitud, se lisonjea de sus desórdenes, manifestándolos con ostentacion y complacencia al universo; y viene á ser por esta via esclavo, no solo del crimen, como él mismo se explica, sino de la malicia del pecado. Ama el mal, si es posible, como mal, avergonzándose de no ser el mas corrompido de todos, y por una vanidad increíble, se atribuye crímenes que no ha cometido, creyendo ser menos estimable si pasaba otro por mas criminal.

¡Qué monstruo de corrupcion, señores! Asi arde ¡ó Dios Omnipotente! asi se abrasa embriagado en las pasiones un corazon criado únicamente para vos. Tal es, Señor, el hombre abandonado por vos, y esclavo de sus vicios. Se acuerda tal vez de Jesucristo y de las piadosas instrucciones que recibió en su infancia de Mónica su madre; pero ni esta dulce memoria, ni las oraciones y lágrimas de Mónica, esta

virtuosa heroína, que le acompaña por todas partes, siguiéndole de Tagaste á Cartago, de Cartago á Roma, de Roma á Milán, predicándole oportuna é importunamente, segun el precepto de S. Pablo, fueron parte para sacarle de este abismo, como un necio piloto que presente ya el puerto se engolfa en alta mar para perecer entre furiosas olas; á este modo Augustino, patentes las sendas de su justificacion, asaltado de la gracia, ruega sin querer ser oido; disgustado de las amarguras que Dios habia derramado sobre sus placeres ilícitos, pedia la castidad no por entonces; desprecia la ocasion esperando, como el necio Felix convencido por Pablo, tiempo mas oportuno. Tan fuerte impedimento presentaba su corazon á las impresiones de la gracia.

Ni era inferior el de su entendimiento. Adornado por Dios para sus altas miras de unos talentos singulares, de un vivísimo ingenio, de una suti-

leza extraordinaria, de un espíritu superior, cuya aguda penetracion alcanza lo mas abstracto de las ciencias: genio de primer orden, genio feliz, genio sublime, nacido para las artes: dialéctico sutil, segun la pintura de un sabio moderno, filósofo profundo, orador elocuente, hombre extraordinario que no producen muchos siglos. ¡Qué disposiciones tan brillantes para bien empleadas; pero qué abismo para mal dirigidas! El hombre de talentos, Ilmo. señor, no suele ser menos idólatra de sus ideas, que el sensual de sus placeres. La corrupcion del corazon ofusca el entendimiento de Augustino, degrada sus luces, y le hace palpar tinieblas en el mediodia de la luz. ¡Qué vanidad! ¡qué orgullo! ¡qué soberbia! Sin referir á Dios lo que es de Dios, idólatra de sí mismo, á manera de un astro errante, se cree emparentado con los cuerpos celestes, mirando á los demas como sublunares ó mixtos de otra naturaleza in-

ferior á la suya. Coronado con laureles de poesia, y con la reputacion que le habian adquirido las arengas de Cartago y de Roma, y las artes liberales que poseia, se juzgaba divinidad subalterna, y dexándose llevar de todo viento de doctrina, vino á precipitarse en los errores mas groseros.

Disgustado de los estudios frívolos, vuelve, es verdad, algun tanto sobre sí mismo. Reflexiona sobre la esencia del alma, sobre la nobleza de su origen, sobre la libertad, sobre la eleccion de culto, sobre las causas del bien y del mal. Objetos dignos de atencion. Pero inflado de las ideas del Licéo, de la elegancia de Demóstenes y Ciceron, y de la amenidad de Virgilio, como se explica un orador de nuestro siglo, no gusta de la sencillez de la santa escritura. ¿Qué ideas; mi Dios! podia deducir Augustino abandonando este origen de las verdades eternas? Declina bien presto á la heregía de los

maniquéos, y convertido en sectario furioso, predica por todas partes, deramando en los incautos el veneno de este error: disputa con muchos sabios, y los enreda con la perniciosa sutileza de su lógica, en nada inferior á la de Carneades, Cleantes y Crisipo: engrosa su partido, hace prevalecer el error, hecho víctima de su mismo delirio. Mas su entendimiento no se sacia, y á manera de cuervo impuro, recorre todos los cuerpos pestilentes. En vano se cansa Fausto por detenerle en su secta. Agustin abandona los delirios del maniqueismo por los de la academia, y entregado á un pirronismo universal, dexando á Cartago, pasa á la capital del mundo Roma. Aqui manifiesta sus talentos y gradúa su vanidad. Abre escuela de retórica, y adquiriéndose en ella la reputacion de los Catones, Cicerones y Hortensios, grangea la proteccion de Simmaco, y con ella la prefectura de Milán.

Hé aqui, Illmo. Señor, un breve

rasgo de la corrupcion del corazon y entendimiento de Augustino. Hé aqui hecho juguete de las pasiones mas violentas y de los delirios mas groseros un hombre destinado por Dios para vaso de eleccion, para modelo de santidad, para luz de la iglesia y defensor de la verdad. ¿Mas qué digo? Hé aqui como la gracia por sendas impenetrables á nosotros le conduce al lugar de su trofeo.

Sí, señores, Milán, esta ciudad feliz, cátedra de tantos sabios y santos pontífices, Milán es el lugar destinado por Dios para triunfar de Augustino. Ambrosio, este obispo inmortal en los fastos de la iglesia; Ambrosio, comparable por su celo con los Elías y Finées, por su elocuencia con los Demóstenes, por su sabiduría con los Taumaturgos, por su humildad con los Davides, por su piedad con los Ezequías: Ambrosio habla, instruye á su pueblo, anuncia las voluntades del Eterno. Augustin se le aficiona desde luego, le

busca, le sigue entre la muchedumbre, atraído en su dictámen, no tanto del peso de la verdad y de la fuerza de la palabra, como de su brillante elocuencia. Admirable estratagema de la gracia para triunfar de Augustino. Este espíritu altivo y orgulloso se turba á la voz de Ambrosio, desmaya, se confunde, no se conoce, se inquieta como furibundo. Brilla la luz sobre su entendimiento, nace la verdad, disipa las tinieblas, tiembla, se estremece, se vuelve á todas partes, se arranca los cabellos, se da recios golpes, padece en la apariencia terribles convulsiones, y exclama en altas voces: *¿hasta cuándo, Señor, sentiré los efectos de vuestra cólera?*

¿Qué es esto, Dios Omnipotente? La gracia que triunfa de Augustino; la gracia que ilumina su entendimiento; la gracia que postra á este gigante; la gracia que derriba á este segundo Sarlo; la gracia que derrite su corazon como de cera; la gracia.... pero basta.

En vano clamais, pasiones favoritas, ¿cómo nos dexas, Augustino? Dios habla, y Agustín oye. ¡Qué metamorfosis tan extraña! Las cadenas se quiebran, se disipan las tinieblas, y de entre ellas mismas se digna el Señor sacar un astro que ilumine al universo. Esto es, del seno del error al doctor de la verdad: del abismo de la corrupción la virtud más sublime. Vos solo, gran Dios, con vuestra gracia omnipotente pudisteis hacer que no fuese inferior su luz á sus tinieblas, y que donde habia abundado el delito sobreabundase la gracia. En fin Agustín renace en las aguas saludables del bautismo, se desnuda del hombre viejo con todos sus desarreglos é ignorancias, se arma con el escudo de la fe, se viste de Jesucristo, según el precepto de S. Pablo. Alegraos, iglesia santa; Jerusalén Augusta, no digas ya que estás desierta. Hé aquí á tu nuevo hijo, destinado por el muy Alto para defender tus derechos, sostener tu re-

ligion, purificar tu santuario, confundir tus enemigos, é ilustrar, como el sol, á todo el mundo. Hé aquí á Augustino, este hombre de Dios, conquista ilustre de los esfuerzos de la gracia, que va á emplear todos los suyos por adelantar los trofeos de la gracia misma.

II. Aquí, Illmo. Señor, desearia yo tener la elocuencia de los Ambrosios y Crisóstomos, junto con la vehemencia de los Pablos y Gerónimos, para presentaros al vivo los gloriosos trofeos de la gracia por medio de este su celoso defensor. Pluguiese á Dios acompañara la execucion á mi deseo. Mas todo lo que puedo hacer es tirar algunas breves líneas sobre su vida y sus escritos, capaces de publicar mejor que yo estas victorias. No me detengo pues á manifestaros el sangriento sacrificio obrado en el corazón de Augustino. Vosotros sabéis bien que sus pasiones fueron postradas y degolladas á los pies del sόlio donde reinaban;

que la humildad se substituyó al orgullo, la castidad á la lascivia, la penitencia al placer, las lágrimas y el dolor á la bufonada y á la risa. ¿El corazon de Augustino no es ya un templo purificado, donde habita el Espíritu de Dios, despues de haber postrado al ídolo dagon? Tampoco me detengo á presentaros los ejercicios de este hombre de Dios, que vuela ácia el desierto, donde habla el Señor al corazon, á sepultarse vivo entre peñascos y malezas, donde el suave canto de las aves, el mormullo de los arroyuelos, la amenidad y fecundidad de las plantas y el cielo, ese libro abierto de las maravillas del Señor, todo acusa su antigua rebeldía, todo le estimula á penitencia, todo enciende su amor. Vosotros, desiertos de Tagaste, fuisteis testigos oculares y fidedignos de sus ayunos y vigiliias, y de la dureza con que domaba su cuerpo como otro Pablo. No me detengo finalmente á presentaros este nuevo género de hu-

mildad desconocida hasta su tiempo. Hablo del libro de sus Confesiones, esta obra inmortal, donde para confundir el orgullo de los grandes, que erigen mausoléos, estátuas y colosos por conservar su memoria, quiso Augustino perpetuar las de sus crímenes, grabando en ella hasta los pensamientos mas ocultos, y solo conocidos de Dios, para que pasando de generacion en generacion por todas las edades, no faltase jamas un tan ilustre testimonio de la debilidad humana y de su profunda humildad. Prescindiendo pues de estos asuntos dignos de ser tratados por orador mas diestro, limitémonos por esta vez á sus trabajos apostólicos, ya de palabra, ya con la pluma, para formar justa idea de sus esfuerzos por defender el reino de la gracia.

¡Qué de trofeos, qué de palmas, qué de ilustres victorias no vas á conseguir, ó gracia de mi Dios! ¡Qué de enemigos no vas á postrar y á con-

fundir por medio de Augustino! Maniquéos, Donatistas, Arrianos, Priscilianitas, Faustos, Pelagios, Julianos, temblad y estremeceos á presencia de este defensor infatigable de la gracia. Agustín sale del desierto como el sol de entre las nubes á disipar vuestras tinieblas. Tanta luz no puede estar oculta, ni vuestros ojos débiles pueden sufrir sus rayos. Combate en primer lugar á los Maniquéos, entre quienes habia vivido, y cuyos errores habia promovido: y aprovechándose como enemigo doméstico de sus propias armas, confunde, postra y llena de oprobrio á sus dos mayores enemigos Fortunato y Felix despues de largas disputas y vigorosos combates. Los Donatistas son asimismo objeto de su celo, y estos furiosos enemigos, que tantos males causaron á la iglesia, atrayendo á los hijos de Israel al campo de los Mohabitas con engaños, vienen á ser trofeos de la gracia por medio de Augustino. Acepta un desafio ó dis-

puta pública, prometiéndoles, en caso de convencerle, la cesion de trescientos obispados católicos. Agustín sostiene solo el campo de batalla, defiende con pecho apostólico los derechos de Dios y de su iglesia, prevalece, triunfa, los hace enmudecer, sin dexarles otro recurso que el silencio ó la desesperacion. Ni fue menos ilustre la victoria que consiguió, ya de palabra, ya por escrito de los Priscilianitas y Arrianos, estos enemigos irreconciliables de la divinidad del Salvador.

Pero no perdamos de vista los principios de su sacerdocio y pontificado. Valerio, obispo de Hipona, á pesar de sus humildes resistencias, le eleva al sacerdocio, con el cargo de predicar al pueblo; ministerio hasta allí reservado al obispo en la iglesia de Africa. Y esta fue la feliz época en que la iglesia vió sobre su cátedra al mas celoso defensor de sus derechos. Gemirás cada dia, horrible iniquidad,

cuando se te presente la memoria de este tu irreconciliable enemigo. ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el día en el trabajo y la noche sin reposo? que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos, á disputar con los hereges por largos raciocinios é innumerables escritos. ¿Qué de asechanzas, qué de calumnias, qué de insultos de parte de los enemigos de Dios? ¿Cuántas veces no atentaron contra una vida tan preciosa los furiosos Circunceliones? ¿Qué de ardides santos, qué de estratagemas por avanzar las conquistas de la gracia, y ganar almas para el cielo? ¿Cuántas veces no toleró el peso del día y del calor en los desiertos y arenales ardientes de la Libia, sin otro alimento que el deseo de la honra y gloria de Dios, y el de ser anatematizado por Cristo?

Pero estas son aún primicias de su

celo y ensayos de sus trabajos apostólicos. Valerio le adopta por su coadjutor, y Agustin redobla los esfuerzos de su celo por la causa de Dios. Este es el momento en que erigió la gracia un trono en el corazon de Agustino, y sirviéndose ya de sus labios y ya de su pluma, postró victoriosamente á todos sus enemigos. Desde este momento, repito, comenzó á presentar al mundo la idea mas perfecta de un pastor y doctor de la iglesia, iluminandó á todos con su exemplo y doctrina, y exponiendo su vida en defensa de su rebaño. Desde este momento, por mas que digan algunos críticos morosos,preciados de eruditos, siendo en la realidad Zoilos, empezó á fundar su religion, echando en su mismo palacio los cimientos de aquella augusta casa y familia, que ha dado baxo su regla y proteccion tantos mártires, confesores y vírgenes al cielo, tantos pontífices á la iglesia, tantos teólogos á los concilios, tantos sabios al orbe literario,

tantos héroes al estado, tantos frutos á Jesucristo, tantos triunfos á su religion, dignos hijos de tan illustre padre.

Muerto Valerio, y aclamado en su lugar, avanza Agustin con mayor tesson las conquistas de la gracia. Ya combate á Joviniano, enemigo de María santísima y de la virginidad; ya á los Originistas, defendiendo por escrito y de palabra la tradicion, las costumbres, la disciplina y la fe con tanta fuerza, que parece haber postrado desde entonces todas la heregías.

¿Qué mas? Pelagio, este monstruo de maldad, segun la pintura de un moderno, hipócrita por carácter, hábil, disimulado, suave de trato, y penitente en la apariencia, diestro en apoderarse del corazon de los grandes y de las matronas, Pelagio es uno de los mayores trofeos que reserva y confia la gracia á los esfuerzos de Agustino. Pretendia Pelagio, este idólatra de la naturaleza, que podia el hombre

sin la gracia dominar sus pasiones, justificarse y merecer el cielo. Jesucristo, por consiguiente, no era Redentor de los hombres, ni estos habian contraido en su sistema el pecado de origen, con las demas blasfemias de este aborto del abismo. Tal era la hidra con quien debia Agustino combatir. Su veneno habia cundido como cáncer, y parecia ya incurable la dolencia. Pero vos ¡ó mi Dios! derramásteis sobre el corazon de Augustino un celo de vuestra honra que lo devora, una gracia victoriosa que lo anima para nuevas conquistas, y que le hace triunfar de este famoso heresiarca y sus secuaces. ¿Qué de instrucciones, qué de escritos, qué de disputas, ya singulares, ya públicas, no emplea para desterrar estas tinieblas? ¿Qué de juntas, qué de concilios no promueve para condenar el error y sostener la verdad? ¿Cuántos oráculos no pronunció en esta ocasion, que despues han venido á serlo de toda la iglesia

universal? Aquí fue, Illmo. Señor, donde triunfó victoriosamente de la insolencia y rebeldía del espíritu humano. Pelagio confiesa finalmente, aunque jamas de buena fe, la necesidad de la gracia. Convencido y confundido muchas veces por esta luz de la iglesia, busca su refugio en varios sofismas, que palián el error, mas no lo alteran. Augustino le persigue sin cesar, le acomete en sus mismos reales, le postra, le aterra, le confunde, é impone perpetuo silencio al mayor enemigo que tuvo jamas la iglesia y la gracia de Jesucristo. Con tanto ardor trabajó Augustino por levantarle trofeos, dexándonos en sus obras armas irresistibles para prevalecer de los hereges antiguos y modernos.

¿A qué elogios, señor, no es acreedor este segundo Pablo, que esclavo de la gracia, y doctor de ella misma, se hace todo para todos, viniendo á ser juntamente padre del huérfano, tutor de la viuda, defensor del ino-

cente, alivio del oprimido, consuelo del necesitado, apoyo del santuario, doctor de los doctores, exemplar de oracion, víctima ó esqueleto animado de penitencia, modelo de virtudes, apologista de la religion, expositor de las escrituras, catequista y moralista profundo, depositario de la tradicion, oráculo de los concilios, y abismo de sabiduría? ¿Qué mas? Hombre extraordinario, suscitado por Dios para exemplar de doctores y pastores de la iglesia; un doctor que instruye á los pueblos en la sana doctrina, y que los edifica con su exemplo; un padre que vela sobre el rebaño que Dios le ha encomendado, que lo encamina, lo apacienta, lo dirige y lo cura. Un doctor que defiende con el mayor celo la causa de Dios y de su iglesia; un pastor que pone su alma por su rebaño. Un doctor lleno todo de humildad, y que dista mucho del orgullo filosófico; un pastor que muere lleno de dolor para no sobrevivir á

los males que los wándalos habian causado á la iglesia. Un doctor que mira como su único interés la honra y gloria de Jesucristo. Un pastor que muere sin hacer testamento, porque solo posee virtudes. Un doctor en quien se disputan la palma y los ejercicios de piedad con sus trabajos apostólicos, sus virtudes sublimes con sus incomparables escritos. Un pastor....
 ¿Mas para qué me canso y os molesto? Un segundo Paulo, trofeo de la gracia del Salvador, y promotor infatigable de sus victorias. ¿No podré pues concluir á nombre de Augustino: *gratia Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit?*

Hé aqui, Illmo. Señor, una idea perfecta de Augustino, este doctor incomparable de la iglesia. Hé aqui, familia augustiniana, un breve rasgo de la Conversion de vuestro padre. *Vuestro* he dicho, debiendo decir *nuestro*; pues por tal le venera la iglesia universal. Atendamos pues, os

ruego, á la piedra de donde hemos sido cortados. Si somos hijos de Abraham, que sean de Abraham nuestras obras. Si nos gloriamos de hijos de Augustino, imitémosle en sus trabajos por la iglesia. Y si la gracia no ha triunfado aún de nuestro corazon y nuestro espíritu, oigamos, oigamos esta voz interior que nos estimula y nos excita, que nos alienta y nos atrae. Ni perdamos un momento de vista nuestra principal obligacion, que es la causa de Dios y sus inviolables derechos. Si hemos seguido hasta aqui á Augustino pecador, sigámosle penitente, imitemos sus virtudes, meditemos sus obras para confundir los enemigos de la gracia, ocupacion únicamente digna de un doctor de la iglesia, de un discípulo de Augustino.

Grabad ¡ó Dios inmortal! estas ideas en todos mis oyentes, para que conociendo la debilidad humana y la necesidad de vuestra gracia, suspiremos por ésta con instancia, dándoos

246 SERMONES

con nuestros ruegos un testimonio público de que solo á vos se debe el honor, la virtud, la gloria, la fortaleza y la alabanza. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA

*De los sermones contenidos en
este primer tomo.*

Sermon de Desagravios del Santísimo Sacramento.	Pág. 25.
Sermon del santísimo Cristo de la Salud.	50.
Sermon del santísimo Cristo de Luca.	74.
Sermon de la Concepcion de María santísima.	103.
Sermon de Dolores.	126.
Sermon de la Asuncion de la Virgen.	149.
Sermon de Ánimas.	178.
Sermon de la Conversion de San Agustin.	219.





